

## SEMBLANZA DE LUIS

Isabel Rigol Savio

**“Bienaventurado** el hombre que halla la sabiduría y que obtiene la inteligencia, porque su ganancia es mejor que la de la plata y sus frutos más que el oro fino”<sup>1</sup>. Con este hermoso proverbio de Salomón inscrito a modo de epitafio sobre su austera sepultura en el Cementerio Macabeo de Guanabacoa se rinde homenaje a un hombre que cultivó por encima de todo el espíritu y la inteligencia, renunciando a muchas compensaciones materiales que, por razones de familia, le habría deparado el destino. Pero Luis Lapidus escogió, tal vez predestinado, los caminos más difíciles.

Zelik Leib Lapidus Mandel vino al mundo en el pequeño poblado de Manicaragua, en la zona montañosa del centro de la Isla, un invierno del año 1937. Los padres, José Lapidus y Berta Mandel, dos inmigrantes lituanos de los tantos judíos que llegaron en los años treinta a Cuba huyendo del nazismo, parecieron ver así la recompensa a su largo peregrinaje entre dos sitios tan distantes como Vilnius y las montañas del Escambray, en busca de una vida mejor. Ese mismo año pintaba Pablo Picasso su *Guernica* para denunciar al fascismo que avanzaba en el Viejo Continente y atacaba ya a España. La política de Adolfo Hitler se cebaba en los judíos. En noviembre de 1938 tendría lugar la trágica *Kristalnacht* ó Noche de los Cristales Rotos en la que la Gestapo incendiaba en Berlín cientos de sinagogas, destruía miles de negocios de los hebreos y asesinaba a muchos de ellos. Justo a tiempo habían podido escapar las jóvenes Berta y Pola Mandel del infierno que se avecinaba, porque en 1939 comenzaría la II Guerra Mundial, en la que serían exterminados seis millones de judíos. Parte de la familia de las Mandel quedaría en Europa y la muerte de algunos de ellos fue llorada durante toda la vida por los que les sobrevivieron.

El nombre del bebé de Berta y José era demasiado extraño para aquel escribiente campesino en Manicaragua y así pasó Zelik Leib a llamarse Zoilo Luis. Para los suyos sería siempre Zelinke, el diminutivo de su nombre original. Berta murió muy joven, cuando él contaba menos de un año de edad. José, abrumado por los pesares y las penurias de aquella tierra empobrecida se marchó al Norte y dejó a su pequeño hijo a cargo de la cuñada Pola. El niño creció con su nueva familia, presidida por Isaac Rachman, esposo de Pola Mandel, también judío, natural de Rusia. Isaac y Pola amaron al niño verdaderamente y él les correspondió. Silvia y Zelda Rachman fueron más que primas, sus hermanas.

Catedral de la Habana



Si de algo pudo resentirse Luis, fue de la sobreprotección de su madre adoptiva, la típica madre judía, que tal vez se extremó debido a la temprana orfandad del niño o a un sentimiento de responsabilidad hacia la memoria de su hermana Berta. Además, aquel muchacho rosado y de tan elevada talla nunca fue muy saludable durante su infancia. Los Rachman, como casi todos los judíos en Cuba, vivieron mucho tiempo en La Habana Vieja. La infancia de Luis transcurrió en un edificio Art Decó de la calle de Jesús María, esquina a Acosta. Frente a su casa se encontraba una de las sinagogas a la que acudía todos los sábados para asistir al ritual del Sabbath<sup>2</sup>. Lo que más le gustaba eran el vino dulce y los panqués que se repartían después de la ceremonia, porque, según contaría muchos años después, los niños poco entendían de los rezos que se hacían en hebreo. A la vez, les resultaban extraños aquellos personajes de barba y vestimenta peculiares. Cerca estaban el Convento y el Arco de Belén, la Plazuela y la Iglesia del Espíritu Santo, entre tantos lugares cuyas funciones y nombres nada tenían que ver con aquellos otros habitantes que, como los Rachman, portaban tradiciones y costumbres de un mundo muy distinto del de los gallegos, los negros y los mulatos o los chinos, del cubano común y corriente, mezclado a más no poder, que compartía con los hebreos ese añejo pedazo de la Habana Vieja.

1 Proverbios 3, *La Santa Biblia*, Versión Reina - Valera Revisada. Sociedades Bíblicas Unidas, México D. F., 1960.

2 El *shabbat* (del hebreo) es el sábado o día del descanso. Su observancia implica varias prohibiciones además del trabajo, como por ejemplo, viajar, hacer fuego.

3 Entrevista efectuada en La Habana en 1994 por los periodistas norteamericanos Laura Paull y Evan Garelle, con vistas a la realización del documental *Havana Nagillah*.

El escenario cotidiano de la infancia de Luis sería esta extraña atmósfera algo enrarecida, resultante de diferencias y de contrastes, en un contexto muy particular por su abigarrada composición social y edilicia. En 1994, durante una larga entrevista que le hicieron los periodistas norteamericanos Laura Paull y Evan Garelle, comentaba lo mucho que le habría gustado escribir sobre aquellas memorias de sus primeros años y de ciertas contradicciones con el medio “en aquel barrio compacto, hacinado”<sup>3</sup>, donde necesariamente él se sentía algo distinto. En esa misma entrevista contaba también que cuando se celebraba en su casa la fiesta hebrea del Pessach<sup>4</sup>, un tío entonaba salmos y a él le daba pena con los vecinos que oían y no podían comprender lo que sucedía allí dentro. Recordaba también que todos los años en Semana Santa se presentaba en el cine del barrio una película ya muy vieja sobre la vida de Cristo y que después pasaban las de Tarzán o algún *western*, pero que nunca lo dejaban ir para que no viera la película cristiana... Con nostalgia relataba Luis su vida de niño judío en la Habana Vieja, como un tiempo que “tenía su parte amarga y una parte tierna”<sup>5</sup>. El pequeño Rachman, como el resto de los niños de su misma procedencia en La Habana Vieja, asistió al Instituto Hebreo Yavne en la calle Damas. Era esta una escuela primaria bilingüe donde se estudiaban el español y el yiddish. La familia se comunicaba en esta última lengua, que durante esos años fue para él tan común como el castellano.

Toda la vida recordó Luis los olores del mar y el sonido de las sirenas de los barcos que entraban al puerto tan cercano a su casa. Admiraba las gigantescas anclas que veía cuando el viejo Isaac lo llevaba a montar bicicleta en la Alameda de Paula. Eran el símbolo, pensó muchos años más tarde, de sus propios anclajes en aquella Habana Vieja, el entrañable barrio de su niñez. Una personalidad taciturna se formaba entonces, tal vez condicionada por las extrañas añoranzas de quien de pronto conoció que sus



verdaderos padres no eran aquellos que había considerado como tales. Porque fue al ingresar en el Instituto de La Habana para comenzar la segunda enseñanza que se enteró de que se llamaba Luis Lapidus y no Luis Rachman, como había creído hasta entonces. Su extraordinaria

riqueza interior comienza a guardarse mucho más adentro y se acentúa en aquel contexto de vida tan peculiar, donde cristianos y judíos a veces se contraponen y prohíben a sus hijos hurgar en las cosas de los otros que devienen, por ende, algo misteriosas. La huella de sus reflexiones de ese momento quedará plasmada en poemas como *Viernes Santo*, que escribe años más tarde:

Algunos acechan la casa judía  
Que celebra la pascua judía  
La amarga festividad de la diáspora  
Pálida, la madre dispone la mesa  
El padre derrama el vino ritual  
Y entona exaltado sus salmos lacerantes  
Muerde el abuelo su pan ázimo, y llora  
La hermana vigila ansiosa la puerta  
Y sólo el niño calla, desconcertado y solo.<sup>6</sup>

De estas vivencias emana una parte fundamental de su idiosincrasia. Por eso expresará en su madurez: “Soy judío cubano. La personalidad se enriquece. Esa es una de las cosas que me ha hecho aferrarme a ser judío. Mientras más componentes tiene uno en su formación, la visión del mundo tiende a ser superior... a veces hasta el sufrimiento es enriquecedor”<sup>7</sup>. Y también dice: “Soy un cubano hebreo. Básicamente soy cubano, esa es mi nacionalidad. Siempre he pensado así, tengo un gran apego a este país”<sup>8</sup>.

La Habana Vieja era para casi todos aquellos inmigrantes un primer escalón hasta que mejoraban económicamente y se podían mudar a otros barrios. Y así fue que a fines de 1947, cuando Luis contaba diez años, los Rachman, que habían prosperado económicamente gracias al negocio de importación de piezas de radio, se trasladaron a un apartamento mayor en la calle C, entre 19 y 21, en el Vedado.

Corría 1953, el año del Centenario de José Martí y del Asalto al Cuartel Moncada cuando, a los diecisiete años, Lapidus se matricula en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de La Habana. El ámbito universitario es muy atractivo. Todos los días se está haciendo historia en una enconada batalla por derrocar al tirano Batista. La poderosa personalidad del líder estudiantil José Antonio Echeverría conmociona a muchos y entre ellos a los que, para sumarse, tienen que saltar barreras clasistas, religiosas, familiares. Para el muchacho judío será aún más difícil la integración a ese proceso, pero la semilla queda para germinar después.

4 El *pessach* (del hebreo) es una festividad de siete días que se celebra en marzo o abril para conmemorar el éxodo de los judíos desde Egipto, bajo la guía de Moisés.

5 Entrevista efectuada por Laura Paull y Evan Garelle, La Habana, 1994.

6 Fragmento de *Viernes Santo*, uno de los poemas inéditos de Luis Lapidus.

7 Entrevista efectuada por Laura Paull y Evan Garelle, La Habana, 1994.

8 *Ibidem*.

Cerradas las aulas universitarias en 1955, trabaja durante algún tiempo en una de las filiales del negocio paterno en la Calle Reina y, poco después, consigue insertarse en las oficinas de los arquitectos Leal y Sklar en el Nuevo Vedado, así como en las oficinas del arquitecto Cristóbal Martínez Márquez, durante el proyecto y construcción del edificio Riomar en 1ª y Cero, en Miramar, donde adquiere importantes experiencias sobre la práctica de la profesión.

En 1956, siendo más sólida aún la posición económica del padre, se mudarán al barrio mucho más exclusivo de



Miramar. En el amplio y bien ventilado apartamento del edificio de Quinta Avenida y 88 transcurre cómodamente la primera etapa de estudios universitarios del joven Lapidus. En su tiempo libre pasa horas devorando novelas de los mejores autores, satisfaciendo sus tendencias místicas mediante la lectura de temas filosóficos y religiosos orientales, como el budismo o el taoísmo o sobre las ideas rosacruces. Su otra pasión, el cine, le ocupa buen tiempo. Por entonces disfruta de las películas de vanguardia y de las exposiciones de arte que, con frecuencia, se ofrecen en La Habana. Seguramente el viejo Isaac habría preferido que estudiara algo relacionado con el comercio y los negocios, pero Luis, si bien lo ayudaba con la tienda de la calle O' Reilly o en la de Reina, nunca demostró la menor inclinación a comerciar tan propia de sus ancestros. Se inclinó definitivamente hacia la literatura, las artes o la ciencia. Pero también jugó el baloncesto. Su elevadísima estatura era motivo de que lo escogieran para este deporte aunque, según confesaba, jamás fue un buen jugador. En el Casino Deportivo practica natación y se relaciona con otros jóvenes hebreos. El Casino era prácticamente el único club que aglutinaba a los judíos, que no eran generalmente aceptados en los aristocráticos Havana Yacht Club u otros donde, aparte de mayor o menor fortuna, dominaban prejuicios religiosos. Sólo unos pocos de los hebreos que ya en los cincuenta amasaban grandes sumas de dinero fueron asimilados por la clase dominante cubana, que era mayormente católica. De la otra parte, las férreas tradiciones y costumbres de los

judíos no los hacían en general proclives a dejarse insertar plenamente. Sin enquistarse en sí misma del todo, esta comunidad mantendría como pocas en Cuba una fuerte identidad. De todos modos, una nueva generación mucho menos ortodoxa y en cierto modo más distante de los patrones de sus mayores, emerge como adulta en los años cincuenta. Algunos jóvenes, como Luis, comienzan a enfrentar de alguna manera la actitud conservadora de la generación que les antecede. Piensan ya como cubanos que son. Pero, impulsado por la influencia familiar, Luis marcha a EEUU en 1958 para continuar sus estudios de Arquitectura en la Universidad de Southern California en Los Ángeles y también allí logra trabajar con una firma local de arquitectura.

En enero de 1959 corre por todas partes la noticia del triunfo de la Revolución en Cuba. Batista ha huido con parte de sus secuaces. Las tropas rebeldes de barbudos vestidos de verde olivo avanzan hacia la capital. Las masas se agolpan en las calles de los pueblos y ciudades de todo el país para saludarlos. Mientras, en Los Angeles, Lapidus se siente poderosamente atraído por lo que ocurre en su tierra y, en ese mismo mes de enero, conduce su auto durante largas horas para cubrir la enorme distancia que lo separa de la Florida, desde donde continuará exhausto a Key West para viajar en ferry hacia La Habana. Sus reflexiones eran complejas porque, aunque no comprendía del todo la magnitud de los acontecimientos, “quería vivirlos”<sup>9</sup>. Paradójicamente, dos norteamericanos, su médico, con el cual había establecido una buena amistad, y un estudiante negro que vivía en el mismo alojamiento, fueron las primeras personas que le vaticinaron los grandes cambios que habrían de ocurrir en la Isla y cómo estas radicales transformaciones desagradarían al gobierno de EEUU, distanciando a los dos países.

A fines del año 1959 comienza a trabajar en el Departamento de Viviendas Campesinas del Instituto de Reforma Agraria. La efervescencia de la misión social y justiciera que significa contribuir a mitigar las abismales diferencias entre la ciudad y el campo, entre la Capital y el resto del país, el ruralismo romántico de esos primeros años revolucionarios, lo conmueve profundamente y decide tomar ese rumbo que, de acuerdo con su apreciación personal, debe ser el más lógico para un judío, porque “los judíos que han sufrido tanto, que han sido hostigados, deben estar del lado de los cambios”<sup>10</sup>. Para “el Polaco”, como le llamaban muchos de sus amigos universitarios, siguiendo la costumbre cubana de llamar así a todos los hebreos, se inicia una etapa muy compleja de la vida en la que el acercamiento a la práctica revolucionaria

<sup>9</sup> Ibidem.

<sup>10</sup> Ibidem.

lo aleja de su medio social y familiar. Se trataba del doloroso proceso que vivieron no pocos jóvenes de su generación, no sólo los judíos. Para él, que desde pequeño pudo apreciar los efectos de la discriminación y de la injusticia social que veía sobre todo en la desgastada Habana Vieja, las nuevas ideas constituyeron una revelación, una liberación.

Lo que a muchos otros muchachos de familias también pudientes les induce a abandonar el país, a Luis no le interesa. Las comodidades y los lujos, los considera secundarios. Existen para él otros valores que entiende superiores, los del espíritu. En ese trance lacerante entre el apego a sus seres queridos con los que tiene una indudable deuda de gratitud y el llamado de algo que todavía no comprende cabalmente, pero cuyas repercusiones intuye, conoce a Miriam Radlow. De apenas diecisiete años, la hija de Aaron Radlow y Eva Seitman, judíos provenientes de Polonia, se convierte en su esposa en mayo de 1961. La ceremonia se efectúa siguiendo las tradiciones hebreas, bajo la *jupá*<sup>11</sup> trasladada de la Casa de la Comunidad Hebrea a la casa de los familiares donde se celebra la boda. En adelante, la formación de una familia y el trabajo que lo absorbe, le ayudan a mitigar el desgarramiento sentimental que significaba ver marchar del país a sus padres adoptivos, que en 1962 viajaron sin retorno hacia los Estados Unidos.

En ese mismo año se graduó de arquitecto en la Universidad de La Habana, coincidiendo con el nacimiento de su primera hija, Batia. Como había comenzado a trabajar desde 1960 en el Departamento de Viviendas Campesinas del Instituto Nacional de Reforma Agraria, continúa explorando el universo de las grandes y nuevas obras sociales que se iniciaban en el país. Proyecta entonces varios conjuntos habitacionales, escuelas y otras obras sociales para cooperativas agrícolas en la región oriental. Una experiencia fundamental sería la de enfrentar un proyecto de cine teatro para mil espectadores en la cooperativa pesquera de Manzanillo. Particular importancia tiene en su trayectoria la labor que realiza en la Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos, ubicada en la intrincada zona rural de Las Mercedes, en la Sierra Maestra. Lapidus fue sin duda “de los jóvenes que con los ojos muy abiertos y el corazón dispuesto vivieron intensamente la experiencia de trabajar después del 59 en las zonas rurales del país, donde era necesario transformar el dramático panorama de miseria imperante. Allí, junto a sus entrañables amigos Mario Coyula, Emilio Escobar y Orestes del Castillo, se sedimentó la causa que rigió su vida y fundamentó los desprendimientos materiales y sentimentales que hubo de enfrentar”<sup>12</sup>.



En esos primeros años de la década de los sesenta, la Escuela de Arquitectura de la Habana experimenta un profundo proceso de cambio para ajustarse a las nuevas necesidades y proyecciones del país. Se comenzaba a materializar la transformación que venía gestándose desde la década anterior, con relación a una enseñanza más moderna. Paralelamente, el éxodo de muchos profesionales experimentados dejaba un vacío que se requería llenar con urgencia. Fue esta la época en que varios jóvenes y talentosos arquitectos, como el español Joaquín Rallo, los italianos Sergio Baroni, Roberto Gottardi y Vittorio Garatti, entre muchos otros de distintos países, llegan a Cuba para sumarse a la cruzada social e incorporarse a la docencia. Fue también la etapa en que varios artistas plásticos, como Raúl Martínez, Tomás Oliva, Hugo Consuegra, Guido Llinás y otros tomaron parte en una nueva forma de enseñanza de la arquitectura, mucho más creadora. En estas circunstancias ingresa Luis Lapidus en 1964 como profesor de Diseño Básico y de Diseño Arquitectónico en la colina universitaria, donde ejercerá sus primeros años como voluntario sin percibir remuneración alguna. Obtiene entretanto su sustento mediante el trabajo profesional en el Ministerio de la Construcción. Más adelante impartirá también Historia de la Arquitectura. Su amplísima cultura y su constante espíritu investigativo, unidos a un profundo rigor y sentido de responsabilidad, lo convierten en un profesor del más alto nivel dentro de esa casa de estudios, lo que se le reconocerá mediante su categorización como profesor titular en 1977 y el otorgamiento, en los años ochenta, de la Distinción por la Educación Cubana y la Medalla José Tey, dos relevantes condecoraciones de la esfera educativa cubana.

11 En la tradición judía, la *Jupá* es el palio nupcial empleado en la ceremonia del matrimonio.

12 Isabel Rigol, “Semblanza de Luis Lapidus”, escrita para el libro sobre los *Cien Años de la Escuela de Arquitectura de La Habana*, ISPJAE, La Habana, 2000.

Una de las experiencias más ricas de su vida será la de enfrentarse plenamente al mundo del diseño gráfico, dentro del cual se sumerge en 1970 respondiendo al llamado de Pablo Jané, que en ese momento impulsa con vehemencia el trabajo de las relaciones culturales y la comunicación en el Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos y, para ello, busca talentos capaces de acometer esa misión. Aquí, bajo la libertad de crear que le ofrece Pablo y como ejecutor de las pautas que para estos fines había allí trazado precursoramente Joaquín Rallo<sup>13</sup>, Lapidus despliega una notable actividad de diseño de laminarios, carteles y exposiciones que, aparte de proporcionarle satisfacción personal, le valdrán reconocimientos nacionales e internacionales. Entre sus mejores creaciones de ese tiempo se destacan los sistemas de elementos modulares ligeros y autosustentables para exposiciones itinerantes, que se reprodujeron en serie y recorrieron más de sesenta países. Otro hito en su ejecutoria como diseñador fue también la muestra cubana en la exposición de Osaka en 1970, que constituyó una inteligente conjugación entre el diseño gráfico e informacional y la arquitectura *high tech* del Pabellón.<sup>14</sup>

Con el objeto de diseñar y montar la exposición sobre arquitectura cubana “Revolución es Construir”, viajará a Berlín del Este en el año 70. Durante este primer encuentro con el Viejo Mundo, la cultura europea no le resulta nada ajena y la lengua alemana definitivamente le recordará el *yiddish* que se hablaba en el hogar de su infancia.

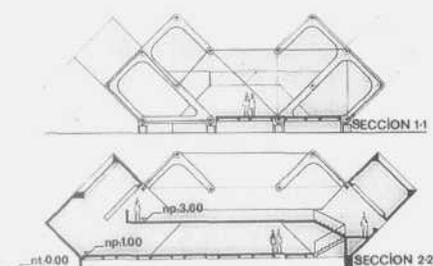
Otra de sus mayores motivaciones profesionales fue el Proyecto del Jardín Botánico Nacional, una de las grandes obras del período revolucionario, que dirigió entre 1971 y 1983, encomendada por la Facultad de Arquitectura y que fue considerada como logro científico de la enseñanza superior cubana. En el cumplimiento de esta responsabilidad, además de orientar y controlar el proyecto general, diseñó el espectacular Pabellón de Lianas que nunca llegó a ejecutarse por falta de recursos económicos y también la pequeña joya que es el Pabellón de Cuarentenas<sup>15</sup>.

En octubre de 1985 comenzó a trabajar en el Centro Nacional de Conservación y Museología, que por entonces radicaba en el Castillo de la Fuerza. Importantes ideas para el desarrollo de esta institución se gestaron bajo su impulso y creatividad como Subdirector Científico. En su pequeña oficina, privilegiada con una gran ventana que miraba hacia la entrada del canal del puerto y a los Castillos del Morro y de la Punta, desde donde era habitual oír las sirenas de los barcos que tanto le evocaban su

infancia, se tomarían muchas decisiones que marcaron el futuro del Centro. El grupo conformado por Lapidus, Daniel Taboada, Enrique Capablanca, Nelson Melero y Carlos Dunn, entre otros destacados profesionales, “fue en aquel momento una especie de equipo de grandes ligas que se ocupó de planear y dar los primeros pasos en la materialización de obras fundamentales para el Centro Histórico, como la restauración del Convento de Santa Clara o la rehabilitación de la Plaza Vieja. En esta entidad se sintetizarían todas sus aptitudes para el magisterio, la investigación, el diseño y la promoción, en el manejo de la relación entre las diversas escalas de diseño, en la reflexión sobre el difícil tópico de lo nuevo y lo viejo. Tal vez algunos no le comprendieron bien, porque la tarea de dirigir y orientar, de encontrar el equilibrio entre posiciones intelectuales contrapuestas y, a la vez, controlar alguna que otra individualidad extrema, es siempre harto difícil y más aún en un contexto dominado por arquitectos y artistas, donde las ideas viajan mas allá de la luz. Pero la huella quedó en muchos de los logros de esa institución y en el recuerdo de la

mayoría de sus compañeros.<sup>16</sup>”

También porque era naturalmente franco y directo en sus juicios.



Con el fin de

conocer instituciones dedicadas a la conservación del patrimonio cultural, en diciembre de 1985 viaja por primera vez a Italia junto con Daniel Taboada. Durante ese

13 Joaquín Rallo, arquitecto español cuya corta pero fructífera acción resultó trascendental en la renovación y proyección cultural de la Escuela de Arquitectura en los años sesenta. Durante el último año de su vida trabajó con Pablo Jané en la conformación de EXPOICAP, entidad del Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos, destinada a ensanchar las relaciones culturales entre Cuba y el resto del mundo. Poco antes de su prematuro fallecimiento en abril del 69 visitó, por orientación de la dirección del país, junto con Jané, el Proyecto de la EXPO 70 que se llevaba a cabo en la Escuela de Arquitectura y fue precisamente Luis Lapidus quien explicó el trabajo que se realizaba. Testimonia Jané que Rallo le expresó, refiriéndose a Luis y a los planes que entonces se gestaban para EXPOICAP: “Talentos como éste son los que necesitamos para cumplir con lo que estamos soñando.”

14 En el diseño de esta exposición tomó parte muy activa el diseñador Félix Beltrán. En el proyecto del edificio trabajó un equipo de arquitectos de la Escuela de Arquitectura compuesto principalmente por Emilio Escobar, entonces director de la misma, Sergio Ferro y Manuel Rubio.

15 En el proyecto del Pabellón de Lianas participaron los arquitectos Sergio Ferro y José Planas.

16 Isabel Rigol, *op. cit.*

17 Fragmento de una nota escrita a Isabel Rigol desde Roma en 1985.

viaje, que le permite conocer directamente las grandiosas obras de la cultura universal que atesora ese país, escribe en una carta “Nada, nada fue comparable a la Fontana di Trevi a medianoche, a fuer de ser sincero, el momento más conmovedor del viaje, donde todo el envilecimiento humano de la ciudad se esfumó y sólo sentí hasta las lágrimas la capacidad del genio para trascender sobre la miseria de la sucesión temporal. En la Fontana me impresioné tanto que arrojé la consabida moneda y, otra más, para estar seguro”<sup>17</sup>.

En su primera estancia en París en 1987 visita el Museo del Louvre y se reúne con Christian Lahanier, director de los avanzados laboratorios de conservación de ese gran museo, con el objeto de obtener asesoramiento para las modernas instalaciones para la investigación y la restauración que se instalan en el Convento de Santa Clara. Un momento trascendental de esta visita a la capital francesa fue la posibilidad de apreciar directamente las famosas pirámides de acero y vidrio diseñadas e insertadas por el arquitecto I. M. Pei en el gran patio del Louvre y sobre las cuales se opinaba entonces en el mundo entero. A su llegada dijo: “Son como una cosquilla en el pie de un gigante”<sup>18</sup>. Para él, no eran más que un gesto muy sutil que, lejos de alterar en lo más mínimo el conjunto histórico parisino tan fuertemente caracterizado, le agregaba valores.

“Visitó muchos lugares del mundo pero también le atrajeron poderosamente los Extraños Pueblos, como los que evocó el poeta Eliseo Diego, los menos reconocidos como Guantánamo o Manzanillo, Ciego de Ávila o Gibara, entre otros muchos”<sup>19</sup>. Por eso, uno de los momentos que más le conmueven en su vida tiene lugar en el antiguo Central Manatí, en la provincia de Las Tunas, cuando, en un acto público, recibe la Medalla Mayor General Vicente García como reconocimiento de las autoridades locales a su labor como proyectista general de la recuperación de la Casa Natal del patriota tunero. Con su rigurosa pero a la vez imaginativa rehabilitación de esta modesta casa y la celebración también en esa ciudad del Coloquio sobre Eclecticismo y Tradición Popular, en 1986, en el cual jugó un papel fundamental, comenzaría un proceso de revalorización de la arquitectura ecléctica popular predominante en el país y hasta entonces no suficientemente valorada.

Durante esta década, particularmente fructífera de su vida profesional, se presentaron también circunstancias personales que le conmovieron profundamente. Primero, en 1988, el reencuentro en La Habana con su hermana Sylvia Ator, a quien no había visto en treinta años; y en 1989, el nacimiento de su primer nieto, al que llamaron

Isaac en recuerdo del viejo Rachman. Cabe decir que para Luis, junto con el cumplimiento de sus deberes laborales y profesionales, judío al fin, la familia ocupó un lugar fundamental. La proverbial preocupación por sus dos hijas, Batia y Lydia, se extiende entonces al nuevo miembro de la comunidad familiar. Las numerosas cartas escritas a Lydia, la menor de sus hijas, mientras ésta estudiaba en Kiev en 1989, denotan una capacidad paternal mucho más allá de lo común. Especialmente impresionantes serían las palabras de aliento y esclarecimiento que escribe a la joven estudiante que, por entonces, atravesaba por los convulsos acontecimientos que tuvieron lugar en la Unión Soviética<sup>20</sup>.

En virtud de su reconocida experiencia como diseñador, en 1992 el arquitecto Julio García Oliveras, entonces Presidente de la Cámara de Comercio y con quien tenía una vieja amistad, lo convoca a diseñar la exhibición que se colocaría dentro del Pabellón Cubano en la Feria de Sevilla<sup>21</sup>, conmemorando el Quinto Centenario del Descubrimiento de América. Sería ésta una misión compleja debido a la difícil situación que atravesaba Cuba en ese momento. Había que producir algo digno en medio de limitaciones materiales muy serias, además de abandonar temporalmente su casa y trabajo para, con grandes restricciones económicas, sostenerse en España. Para cumplir la meta, el esfuerzo realizado junto con el destacado diseñador gráfico René Azcuy y el arquitecto José Planas, fue casi heroico. La eficiente economía de recursos de aquella muestra contrastaría con el derroche de medios que desplegaron allí muchas naciones.

Viajar a Israel representó algo muy especial en su vida. Invitado por Giora Solar, el Director de Antigüedades de ese país, en marzo de 1994, justamente un año antes de su muerte, tiene la oportunidad de visitar Jerusalén y otros lugares donde puede reconocer sus ancestrales raíces hebreas. Muy pronto su salud comenzaría a flaquear, minada por una implacable dolencia. Mientras, los familiares y amigos no podíamos aceptar la idea de que su valiosa vida se extinguiera. Su natural estoicismo le permitió continuar su actividad casi hasta el final y nadie supo si esperaba la muerte, porque jamás hizo comentario alguno al respecto.

18 Expresado a Isabel Rigol y otros amigos a su regreso del viaje a Francia en 1987.

19 Isabel Rigol, *op. cit.*

20 Cartas a Lydia Lapidus Radlow, La Habana, 1989.

21 El edificio del Pabellón Cubano respondió a un proyecto del arquitecto español José Ramón Moreno.

Un último escrito inconcluso sobre la enseñanza de la arquitectura fue su testamento a las jóvenes generaciones de arquitectos. Se trataba de una ponencia al Seminario Internacional de Pedagogía de la Arquitectura que tendría lugar en La Habana en abril de 1995, organizado por Elmer López. El escrito fue leído post-mortem y seguido por un minuto de silencio en el auditorio del Instituto Superior Politécnico José Antonio Echeverría:

El arquitecto debe tener un criterio propio, sólido y sólo modificable ante argumentos que lo justifiquen. Esto requiere de principios, inteligencia, profundidad de pensamiento, dominio de su profesión, capacidad de argumentación lógica y serena y, también una cierta dosis de valentía.<sup>22</sup>

Como ha dicho Mario Coyula, “Con esa claridad que trae la serena anticipación de la muerte, Lápídis logró concentrar la esencia de muchas de las preocupaciones trascendentales y también cotidianas de sus coetáneos”<sup>23</sup>.

El 12 de abril de 1995 había dejado de existir Luis Lápídis Mandel, arrancado a destiempo de entre nosotros, en la plenitud de su vida intelectual y de su capacidad creadora. No hay palabras para describir la consternación general que ocasionó su muerte. Al día siguiente, fue sepultado en el Cementerio Macabeo de Guanabacoa, de acuerdo a los ritos judíos. Una ensombrecida comitiva encabezada por su esposa e hijas, seguidas de sus más entrañables amigos y compañeros, acudió aquella fresca mañana a darle el último adiós. En los oídos de los asistentes dolía el kaddish<sup>24</sup>, la oración fúnebre que pronunció en hebreo Abraham Berezniak<sup>25</sup>. El duelo fue despedido por el amigo de su juventud, Mario Coyula Cowley, cuya voz entrecortada por la emoción apenas le permitía decirle el sentido discurso que compuso como postrer saludo a su hermano, un poema que concluye preguntándole:

¿Cómo ensamblar recuerdos convividos  
cruzando por un mundo que termina  
cómo aceptar este silencio terco  
y despedirte entero?<sup>26</sup>

La repercusión no se hizo esperar y de todas partes del mundo llegaron los mensajes de condolencia como el de Roland Silva, Presidente de ICOMOS, que recordaba: “Nosotros también tenemos un árbol con su nombre plantado por él en el Sitio del Patrimonio Mundial de Anuradhapura”<sup>27</sup>. Allí, en el sitio sagrado de Anuradhapura, en Sri Lanka, donde se levanta el monasterio budista de Abhayagiri, construido en el siglo II antes de nuestra era, el árbol que lleva su nombre testimonia que la proyección de la sombra de Luis llega mucho más allá de nuestras fronteras y de nuestro tiempo. ☒



Luis Lápídis

22 Intervención Inconclusa. Ponencia al Simposium de Pedagogía de la Arquitectura, ISPJAE, abril de 1995.

23 Mario Coyula, “La Habana Siempre”, en *Revista Archivos de Arquitectura Antillana*, Año 1, No. 2, Santo Domingo, septiembre 1996.

24 El kaddish, del arameo, es una oración que se pronuncia al final de distintos momentos de la liturgia hebrea y también en la muerte de las personas allegadas. Por eso se le menciona muchas veces como la oración de los muertos, aunque en su texto no menciona la muerte.

25 Abraham Berezniak fue el presidente de la Sinagoga Adath Israel de la Habana Vieja. Falleció en 1998.

26 Mario Coyula. Poema dicho como despedida del duelo de Luis Lapidus en el Cementerio Macabeo, Guanabacoa, abril de 1995.

27 Carta de condolencia del Presidente del Consejo Internacional de Monumentos y Sitios, Roland Silva, Colombo, Sri Lanka, 1995. Silva se refiere a los árboles plantados por los representantes de distintos países en el sitio de Abhayagiri en Colombo, Sri Lanka, durante la celebración en ese país de la Asamblea General de ICOMOS.

**Isabel Rigol.** Arquitecta cubana, profesora del Instituto Superior Politécnico José Antonio Echeverría de La Habana. Fue directora fundadora del Centro Nacional de Conservación y Museología – CENCREM, de Cuba.